

de reconstitucion de aquel pueblo. Mahoma con una mirada abarcó el estado de cosas de su patria; pero en vez de emprender una seria reforma, procuró aprovecharse del desorden para encauzarlo á sus fines particulares, y en la misma falta de unidad de creencias religiosas y en la desmesurada supersticion de sus compatriotas, buscó el fundamento de su obra. Al efecto, presentándose á los suyos como enviado del cielo, empieza por corregir aparentemente su desarreglada conducta; se separa de sus compañeros de libertinaje; se retira con frecuencia—además de hacerlo durante el mes de Ramadan—á una Caverna del monte de Hirá, donde aparenta dedicarse á ejercicios de piedad, aunque en el fondo solo trataba de preparar mejor el éxito de sus planes. Como su mujer Chadijáh le importunara repetidas veces para que dejase tal género de vida, en esas mismas importunaciones halló ingeniosísimo recurso para llevar adelante su propósito, puesto que con mucho secreto confió las revelaciones que del cielo recibia á su mujer, la cual convencida de la verdad de ellas y lisonjeada por otra parte por la idea de ser esposa de un profeta, divulgó el secreto entre sus amigas, quienes lo propagaron por la ciudad y favorecieron de esta manera sin saberlo los deseos de Mahoma. Este, que no tuvo entonces ya reparo en confiar á otros lo que llamaba su secreto, por sí mismo comunicó tan absurdas visiones á su esclavo Zaid, al que dió libertad; á Alí su primo; á Abou-Bekr, hombre de gran reputacion y riquezas; á Othman, Zobeir, Obeidah y Omar, á los cuales juzgó los más á propósito para seducirles á que le secundasen en su proyecto, y por espacio de cuatro años les instruyó en su doctrina. Tan luego como se vió sostenido por ellos y les creyó bastante imbuidos de sus ideas, principió á difundirlas entre el pueblo. Para ello puso á contribucion sus prendas naturales, que eran muchas; pues, si hemos de dar crédito al historiador árabe Almacin, el impostor «era de noble continente de mirada dulce y modesta, de espíritu flexible y sagaz, urbano y cariñoso; su palabra era insinuante; no le faltaban tampoco las dotes propias para ser jefe de un partido: liberal hasta la prodigalidad, inteligente para conocer los hombres, justo en escogerlos para lo que convenia segun sus talentos. Usaba de cierta delicadeza en el obrar, sin dejar vislumbrar sus intentos, demostrando en la conducta de sus designios una firmeza y valor extraordinario para conjurar los más graves peligros (1).» Y no solo aprovechó sus buenas cualidades, sino que aun de sus mismos defectos sacó partido, puesto que de los accesos de epilepsia que padecia se valió, haciendo creer que eran éxtasis producidos por la aparicion del Angel Gabriel, cuya presencia no podia resistir. Dicen á este propósito los historiadores árabes que cuando el profeta tenia las revelaciones, por intenso que fuese el frio, tenia bañado el rostro de sudor, los ojos inyectados

(1) Hotting: Hist. de Oriente, lib. 1, c. 1, lib. 2, c. 4.

de sangre, y alguna vez mugia como un jóven camello. Fingiendo un mandato del cielo para predicar el Islam, que quiere decir sumision á la voluntad de Dios, empezó á difundir su extravagante doctrina apoyado en la autoridad que le daban sus visiones y éxtasis y tomando de sí mismo su mision, se erigió en predicador; y si no por su ciencia, se hacia escuchar por la energía del lenguaje y la nobleza de sus palabras, distinguiéndose en ciertos rasgos propios de la elocuencia oriental, rica en expresiones simbólicas, parábolas y alegorias, con las cuales él entretregia diestramente sus discursos. No desconociendo que en materia de religion todo lo que parece nuevo es constantemente sospechoso, declaró que no pretendia fundar una nueva religion, sino reformar y hacer revivir las antiguas leyes dadas por Dios á los hombres, purgándolas de fábulas y supersticiones. Decia que Moisés y Jesús, hijo de María, habian sucesivamente anunciado la verdad y santa doctrina, confirmándola por medio de milagros portentosos; pero que los judíos y los cristianos la habian igualmente alterado y corrompido; y que Dios le enviaba como á su último profeta, y por tanto más grande que Moisés y Jesús, para purificar la religion de las fábulas que los hombres, bajo el nombre de misterios, habian introducido, y para reducir á todo el género humano á la unidad de creencia y á la profesion de una misma fe.

Así como Moisés escribió, por divina inspiracion, los libros sagrados en que se contiene en toda su pureza la Religion Mosáica; así como los Evangelistas, llenos de la misma inspiracion, escribieron los hechos de Nuestro Señor Jesucristo, Mahoma quiso reducir á escrito las enseñanzas que decia recibir del cielo, y al efecto mandó escribirlas: su conjunto forma el *Coran*. En este tuvo buen cuidado de repetir que no predicaba ni enseñaba una nueva religion, pues tan solo era un profeta enviado de Dios para restablecer en su pureza la de Abraham é Ismael, más antigua que la de los judíos y cristianos. «No hay más que un Dios, decia, soberanamente perfecto y criador del universo, el cual en diferentes tiempos ha enviado profetas para instruir á los hombres, á saber, á Noé, Abraham, Moisés y á otros que reconocen los judíos. El más grande de todos los profetas ha sido Jesús hijo de María, y nació de ella, siendo virgen, por milagro; fué el Mesías, el Verbo, el espíritu de Dios. Los judíos intentaron su muerte por envidia, pero Dios le salvó milagrosamente. «Juan hijo de Zacarias, los apóstoles de Jesús y los mártires son tambien santos; la ley de Moisés y el Evangelio son libros divinos, pero los hombres han abusado siempre de las gracias de Dios; los judíos y los cristianos han alterado la verdad y corrompido las Santas Escrituras, y este es el motivo por el cual Dios me ha enviado para instruir á los árabes por medio de un hombre de su misma nacion. Por lo tanto es necesario renunciar la idolatria y adorar únicamente un solo Dios, sin atribuirle ni hijos, ni

hijas, ni persona alguna que comparta con él el honor que le es debido. Es necesario reconocer á Mahoma por su profeta, creer en la resurreccion, en el juicio universal, en el infierno en donde los malos arderán eternamente, y en el paraíso que es un jardin delicioso, regado por varios rios, en donde los buenos gozarán eternamente de toda suerte de placeres con gran número de hermosas mujeres.»

En cuanto á prácticas exteriores Mahoma estableció la oracion cinco veces al dia, en determinadas horas, y la limpieza de cuerpo, como una disposicion necesaria para la oracion, llamándola purificacion, que los musulmanes la hacen consistir en lavarse la cara, las manos y los piés, y algunas veces todo el cuerpo; en lo cual se vé cierta reminiscencia de las prácticas judías.

Mahoma mandaba la abstinencia del vino, de la sangre y carne de tocino, la observancia del ayuno en el mes de Ramadan y la santificacion del viernes entre los dias de la semana; recomendaba la peregrinacion á la Meca para visitar el templo cuadrado, llamado la *Kaaba*, que era tenido entonces en gran veneracion entre los árabes, por considerarlo fundado por Abraham, en cuyo templo se adoraban 360 ídolos, y se guardaba la piedra negra que Mahoma recomendó respetar. Asimismo prescribia que el creyente al hacer la oracion se volviese hácia la direccion del templo de la Kaaba.

Aconsejaba de un modo especial la limosna, así como la prestacion del diezmo; exhortaba tomar las armas para la defensa de la religion, prometiendo el paraíso á aquellos que muriesen en los combates, mientras que amenazaba con el infierno á aquellos que permaneciesen en sus casas durante la guerra, á menos que contribuyesen á ella con sus bienes.

Mandaba exterminar á los idólatras, é imponía pena de muerte á todos aquellos que, despues de haber abrazado su religion, la abandonaban; inculcaba la resignacion á la voluntad de Dios sin reserva y sin temor á peligro alguno, fundándose sobre la mal entendida predestinacion, considerada como un destino fatal. Resignarse á la voluntad de Dios se designa en árabe con el nombre de *Islam*, y el de *Moslem* sirve para significar aquellos que profesan la resignacion, y de ahí viene decir *musulmanes* ó creyentes.

Aseguraba Mahoma que tales instrucciones no eran producto de su propio entendimiento; al revés, á fin de robustecer la autoridad de ellas y dotarlas de una aureola de respeto y veneracion que por si propio no podia comunicarles, indujo al pueblo á la creencia de que tales instrucciones se las revelaba el mismo Cielo por ministerio del Angel Gabriel. De esta manera logró dar á los ojos de sus sectarios carácter divino á un libro que en el fondo no es más que un conjunto mal fundido de reminiscencias, provenientes de las mal digeridas lecciones que el impostor reci-

bió de doctrina cristiana y judaica, mezcladas con creencias y supersticiones populares; así se explica que en el *Coran* consigne una multitud de sucesos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, casi todos alterados y mezclados con fábulas y absurdos, y llenos de groseras y palmarias equivocaciones, como es, por ejemplo, la de confundir á María, hermana de Moisés, con la santísima Virgen María. Y si bien en el *Coran* se hallan los preceptos de moral, las ceremonias de la ley, y algunas reglas para el comercio de la vida, todo está revuelto y confundido. Unas veces el autor hace su propia apologia y responde á los reproches que se le hacen, otras reanima á sus secuaces abatidos por alguna derrota ó por otro accidente. Cuando trata de la majestad de Dios, de su poder y bondad, de la ingratitude de los hombres, las penas y la recompensa de la otra vida, usa siempre de lugares comunes, aunque procura imitar en cuanto le es posible, por medio de un estilo pomposo y figurado, la elocuencia sublime de los verdaderos Profetas.

La doctrina que Mahoma enseñaba y las prácticas que proponía no eran ciertamente nuevas á la mayor parte de los árabes, pues si bien entre ellos habian gran número de idólatras, eran tambien muchos los judíos y cristianos, quienes habitaban principalmente los extremos ó confines de la Arabia hácia la Siria, la Persia y la provincia de Nageran, en donde habia una iglesia y silla episcopal.

Por otra parte entre los árabes algunos profesaban la mágia, esto es, eran adoradores del fuego, siguiendo la doctrina de los persas; aunque los más seguían el Sabeísmo y adoraban las inteligencias y los séres, tomando su doctrina de los antiguos caldeos, los cuales enseñaban que no era posible acercarse á Dios sino por medio de los espíritus, ni á éstos sino por conducto de los cuerpos que habitaban y antes habian sido astros y después estatuas. Creían asimismo en la influencia de los cuerpos celestes, en la virtud de los talismanes y encantamientos, siendo en el fondo su doctrina la de los nuevos platónicos, adoptada por Juliano el Apóstata. Además de la diversidad de creencia, los árabes se distinguían por su ignorancia, particularmente los de la Arabia Petrea, país muy poco frecuentado por los extranjeros á causa de las dificultades que ofrecía la navegacion por el mar Rojo. El uso de las letras y ciencias era poco conocido, y contadísimos el número de los que se dedicaban á ellas; de manera que en tiempos de Mahoma apenas las habian admitido los koreístas, y el mismo Mahoma, que pretendía ser el más ilustrado jefe, profeta, legislador y soberano, ni sabia leer ni escribir.

Antes que los árabes poseyesen las letras y ciencias, sólo conservaban sus genealogías é historia por medio de versos populares, y como sus tradiciones no se hallaban en manera alguna fijas ni consignadas por escrito, andaban mezcladas con una multitud de cuentos y fábulas sumamente

ridículos. La poesía de aquel pueblo era pomposa, ricamente ataviada, profusa en imágenes, figuras y alegorías, y, como toda literatura primitiva, solamente popular. Mahoma, que sino se hallaba dotado de sutil ingenio y tenía imaginación fecunda y brillante, supo hablar á su pueblo el lenguaje que le era más grato. Encontrándose con que los judíos y cristianos creían en la unidad de Dios; los secuaces del Sabeísmo, en un primer Sér soberanamente perfecto; muchos idólatras, en la resurrección, no sólo de los hombres, si que también de los irracionales, á los que enterraban con los primeros para que se pudieran servir de ellos en la otra vida; viendo que las circuncisiones y abluciones frecuentes, y las peregrinaciones al templo de la Meca eran las antiguas tradiciones de los árabes; que la abstención de la sangre aún era observada entre judíos y cristianos; que éstos hacían oración tanto de día como de noche, tenían prescrito el ayuno cuadregesimal, dar el diezmo y hacer limosna á los pobres; y solo faltaba abolir entre los árabes la idolatría, casi desaparecida del imperio romano y desacreditada en todas partes; de todas estas circunstancias favorables supo aprovecharse Mahoma para alcanzar sus ensueños de grandeza y soberanía, y dominar á un pueblo por medio de una religión nueva que contuviera algo de todas y que estuviera modelada á gusto del profeta y favoreciera sus miras. Sin embargo, Mahoma no dejó de experimentar grande resistencia, principalmente de su misma tribu, que le llamó insensato, demoníaco é impostor, y le pedía milagros en prueba de su misión; á lo que contestaba Mahoma con este efugio: «Dios os ha hecho ver muchos milagros, pero la mayor parte de vosotros no los habeis creído ni conocido; los animales que corren por la tierra y las aves que hien den los aires son del número de sus criaturas; los milagros pertenecen á Dios, y los hombres ignoran el tiempo en el cual Dios los hará patentes; y aunque vieseis los milagros, no por esto os convertiríais. Vosotros decís: no creeremos en el profeta si no vemos algunos milagros; yo no soy enviado de Dios sino para predicar su palabra. Dios ha hecho muchos milagros por Moisés, Jesús y otros profetas.»

No pudiendo Mahoma obrar milagros ni cosas extraordinarias capaces de ilusionar á los enemigos declarados de su errónea doctrina, se engolfaba en lugares comunes, que repetía hasta el fastidio, sobre el poder de Alá, el juicio, el infierno y el paraíso, finalizando con estas palabras: «Yo soy un profeta enviado al pueblo negro y al pueblo rojo, para abolir por medio de su religión todas las religiones anteriores.»

La predicación de Mahoma produjo en la Meca tales disputas, controversias y desórdenes, que el magistrado se vió en la necesidad de proscribir la secta y perseguir á su fundador, mandando fijar el decreto en el templo de la Meca, con prohibición á todos los de la tribu de que se relacionasen con los hijos de Haschem, que era la familia de Mahoma. Este,

viéndose ultrajado y perseguido con el decreto de destierro, se retiró á un castillo apartado de la Meca; y como un día fuese nuevamente insultado por Amza, pariente suyo, le hirió mortalmente con su arco de caza. Este atentado, unido á la antipatía que profesaban los koreisistas á la doctrina que predicaba Mahoma, hizo que sus enemigos resolvieran quitarle la vida; y para que la culpa, el odio y la venganza no recayeran sobre una sola tribu, de cada una escogieron un hombre para que juntos los representantes de todas asesinasen al impostor. Al efecto se dirigieron á la tienda en donde sabían se hallaba Mahoma; pero éste, sagaz y prevenido del peligro, se salvó huyendo al desierto y metiéndose en una caverna de las cercanías de Tur.

En este tiempo perdió á su protector Abou-Taleb y á su esposa Chadijah; y como era tan incontinente, contrajo otro matrimonio á la edad de 50 años con una niña de 9 años llamada Aiscia, hija de Abou-Bekr, al mismo tiempo que su primo Alí se casaba con Fátima, hija del profeta.

Muy pronto este se convirtió en guerrillero, ó mejor dicho en ladrón, porque organizando gente armada se puso á impedir el comercio de Medina con Siria, sorprendiendo las caravanas de negociantes y apoderándose de cuanto llevaban; y dispuesto á hacer prevalecer su doctrina por la fuerza si con la persuasión no lo lograba, decía que Dios le había revelado que la espada era la puerta del paraíso, y que una gota de sangre derramada por la causa de Dios tenía más mérito que dos meses de ayunos y oraciones.

Como los koreisistas se habían declarado enemigos suyos, Mahoma por su parte les profesó un odio inextinguible; de ahí que vinieron á las manos algunas veces unos y otros, y fueron derrotados por Mahoma los koreisistas, quienes para vengarse de las derrotas sufridas, se aliaron con Abou-Soffian que al frente de 3,000 hombres fué al encuentro de Mahoma. Delante del ejército de Soffian iba Enda, esposa del general, y quince mujeres tocando los timbales. Mahoma sufrió una terrible derrota, de la que apenas pudo escapar con vida.

No obstante esta, para manifestar su devoción al templo de la Kaaba, fué á la Meca y dió siete vueltas á aquel templo, haciendo sus ceremonias y oración. Al percibirse el magistrado de esa osadía, dió orden de arrestarle, y le sentenció á pena capital; pero Mahoma burló á sus enemigos, huyendo de noche de la Meca, y se dirigió á Medina á la cual había hecho tanto daño. Esta huida tan famosa y celebrada por los musulmanes se llama *Hegira*, esto es persecución ó huida, que sirvió después de punto de partida para contar los años, y sirve á los historiadores como era ó época cronológica de los sucesos acaecidos en la historia musulmana.

La Hegira empezó al 16 de julio del año 622 de Jesucristo (1). Los mu-

(1) El año 622 de la era cristiana fué el primer año de la Hegira de los musulmanes; consta de 12 meses lunares que son 354 días, de modo que 33 años nuestros son 31 de los musulmanes.

sulmanes tienen en gran veneración á *Medinat-al-Nabi*, ciudad del profeta; sin embargo, esta célebre ciudad es más conocida con el simple nombre de *Jatrep*.

El peligro que había corrido en la Meca, los enemigos que se le habían declarado y la persecución á muerte que se le hacía, convencieron á Mahoma que sin el alfanje no conseguiría el objeto de sus designios. A este fin se alió con los *Anyares*, que quiere decir auxiliares, y con los fugitivos ó emigrados de la Meca, llamados en árabe *Mouhadjirin*, amen de los bandidos y gente de mal vivir que se le unieron, formó un ejército respetable con el que pudo emprender grandes operaciones. Para entusiasmar á sus prosélitos, les repitió que el ángel Gabriel de parte de Dios le había entregado una espada, con orden de emplearla para someter á todos los que se resistiesen á abrazar su religión. Medina, que hasta entonces había resistido y rechazado al impostor, al saber la persecución que la Meca le hacía, le recibió con entusiasmo; de ahí que Mahoma fijara en ella su residencia y la convirtiera en centro de su doctrina.

El partido de Mahoma creció de un modo extraordinario por medio de las armas; y en virtud de la misión divina que los musulmanes creyeron tenía aquel impostor, le reconocieron como á su soberano, verificándose la ceremonia debajo de un árbol: desde entonces no sólo fué tenido por legislador, si que también por profeta. Constituido príncipe de Medina, dispuso la construcción de una grande mezquita, que aún existe; echó las primeras bases de una constitución que debía regir como ley civil para los habitantes de la ciudad; y luego emprendió una serie de operaciones militares contra las caravanas sueltas, y contra los judíos y koreisistas.

El año 2 de la Hegira (623 de J. C.), en el mes de Ramadan, en las cercanías de los pozos de Bedr tuvo una batalla con los koreisistas. Como Mahoma viera, antes del combate, que los suyos titubeaban, cogió un puñado de arena, y arrojándola al aire arremetió á los contrarios diciendo: «Que la cara de nuestros enemigos se cubra de confusión.» Estas palabras y el arrojado de Mahoma animaron á los soldados é hicieron que su victoria fuese completa.

Al año siguiente sufrió una derrota que los musulmanes recuerdan con horror, porque las mujeres de los koreisistas se cebaron con los cadáveres de los musulmanes tendidos en el campo de batalla. Al cabo de poco tiempo un ejército de 10,000 hombres de Hedjaz, la mayor parte judíos, se dirigió hácia Medina para sitiaria. Mahoma para defenderla mejor mandó circundarla de un foso; y tomando un azadon dió golpes con él, y al salir chispas de fuego gritó: «La primera chispa anuncia la sumisión del Yemen, la segunda la conquista de la Siria y Occidente, la tercera la conquista de Oriente.» Los sitiadores tuvieron que levantar el sitio y fueron derrotados. Esta victoria tomó el nombre de la guerra de las naciones,

ó del foso. El vencedor hizo firmar una tregua de diez años, siendo una de las condiciones que los islamitas podrian libremente visitar el templo de la Kaaba.

En el año 628 Mahoma con sus tropas atacó á los judíos de Kaibar, tomando por asalto la ciudad, cuyos habitantes fueron pasados á cuchillo. Esta victoria ensoberbeció de tal modo á Mahoma, que tuvo la osadía de intimar á los soberanos de Oriente que abrazasen su religión. El rey de Persia, Cosroes, rasgó la carta de Mahoma, el cual al saberlo dijo: «Así sea rasgado su reino.» El emperador Heraclio tuvo la debilidad de enviarle algunos regalos; el gobernador del Alto Egipto, llamado Mokawhaz, le envió una hermosa esclava; el rey de Etiopía se convirtió; pero un magistrado romano de Siria condenó á muerte el emisario de Mahoma. Éste al saberlo mandó á Zaid, su antiguo esclavo, convertido en general, que al frente de 3,000 hombres vengase aquella injuria. Partió en efecto Zaid, y en Muta se dió la batalla entre árabes y romanos, en donde murió Zaid. En esta batalla Djafar, hijo de Abou-Taleb, teniendo sus dos manos cortadas, se abrazó al estandarte del Islamismo, recibiendo 52 heridas.

En el año 8 de la Hegira (629 de J. C.) fué rota la tregua establecida entre Mahoma y los koreisistas. El profeta, para castigar la violación del tratado, se puso al frente de 10,000 hombres y se dirigió á la Meca, entrando en ella á fuerza de armas; hizo colgar á sus mayores y principales enemigos en represalias de haberle perseguido y desterrado; y luego pasó á la Kaaba, y con un látigo azotó los 360 ídolos que había en ella, gritando: «La verdad ha llegado, desaparezca la mentira.» Al cabo de poco tiempo consiguió Mahoma otra victoria en Honain contra las tribus idólatras, con lo cual se decidió definitivamente el triunfo de la falsa doctrina, y toda la Arabia se sometió á la autoridad de Mahoma.

Increíble parece el extraordinario progreso que en tan breve espacio de tiempo pudiera hacer Mahoma con su extravagante doctrina, así como el asombroso número de prosélitos que le siguieron tanto en Arabia como en el Asia menor; y no dudamos que si el mismo Mahoma hubiera previsto esta facilidad de adquirir tan buen resultado, seguramente se hubiera ahorrado el trabajo de forjar tantas revelaciones absurdas y acumular tantos fragmentos de otras religiones.

A pesar de haberse apoderado de la Meca, su ciudad natal, no quiso permanecer en ella, sino que volvió á Medina, llamada la ciudad del Profeta, porque fué su residencia habitual.

En el año 9 de la Hegira aparecieron otros dos profetas, Museleima y Asouad, los cuales no dejaron de introducir bastante división entre los sectarios de Mahoma; con todo éste sin arredrarse, después de haberles confundido y derrotado, continuó sus conquistas, pasando á hierro y sangre á todos los pueblos que le hacian resistencia, distribuyendo el botin